

## LOS COMIENZOS DEL ARTE

Los comienzos del arte se remontan a los primeros intentos del hombre de exteriorizar sus sentimientos a través de formas visuales (perfil y color). El arte surge en los albores de la necesidad de expresión del hombre. Nace con el **Homo sapiens** y en una primera y prolongada fase prehistórica y premitológica cubre un periodo de más de treinta mil años.

La pintura y la escultura paleolíticas han sido analizadas exhaustivamente por Sigfried Giedion (1888-1968) —historiador suizo, antiguo secretario general del CIAM y difusor del racionalismo arquitectónico— en un libro titulado **El presente eterno: los comienzos del arte**, que ha publicado Alianza Editorial (1). Esta publicación —cuya versión española ha realizado María Luisa Balseiro— se fundamenta en el curso dado por Giedion en la National Gallery de Washintong en 1957. Veinticinco años después los análisis del autor tienen plena vigencia y la obra reúne, además, una vasta documentación gráfica que es fundamental para el acercamiento al arte prehistórico.

En este libro Giedion presta atención a las dos formas de aproximación del hombre prehistórico al mundo a través del arte: la plasmación del símbolo y la plasmación del animal.

Los símbolos utilizados por las gentes paleolíticas son las manos, las formas circulares, los signos de la fertilidad. Pero las representaciones animales constituyen la más importante del arte paleolítico. En ellas se dan las cualidades esenciales del grabado, la pintura y la escultura primitivas. El análisis que Giedion verifica del arte primitivo se basa en el tratamiento del contorno. No existe un equilibrio estático e inmutable entre el hombre y su entorno, entre las relaciones del mundo interior y el mundo exterior. En aquel tiempo el animal era superior al propio hombre. En el periodo paleolítico —que fue, sobre todo, zoomórfico— el animal era el ídolo indiscutible y sólo al final de aquella era se produce uno de los cambios que haya sufrido la relación de la especie humana con el mundo exterior: la separación del hombre y el animal, y el destronamiento de este último.

A lo largo de su obra Giedion defiende el planteamiento fundamental de que el arte paleolítico estuvo dominado por la abstracción y que, en cambio, no se puede hablar de naturalismo en aquellas formas de expresión. El autor considera que la abstracción en el paleolítico se desarrolló a través de las formas siguientes:

- El tipo más usual de abstracción se obtiene mediante la concentración y la simplificación de la forma natural de, por ejemplo, un animal; este es

un rasgo generalizado del arte primitivo y en él se incluyen el arte llamado naturalista del periodo magdalenense (14.000-9.000 años antes de nuestra Era).

- Un segundo tipo de abstracción es el empleo de formas inexistentes en la naturaleza y a las que se ha dotado de un significado simbólico.
- Un tercer tipo consiste en la mezcla de temas naturales transformados con símbolos abstractos.
- En un cuarto tipo el empeño de concentración y simplificación se lleva tan lejos que el tema original ya no es reconocible para el ojo no iniciado.

El arte —dice Giedion— nació con la abstracción. La abstracción —entendida como concentración de la atención sobre un rasgo o parte aislada del

los primeros tanteos del hombre de Neandertal en busca de un sistema espiritual que trascendiera sus sencillos materiales y su existencia utilitaria.

Los símbolos mágicos que aparecen con mayor frecuencia y a lo largo de periodos dilatados de la historia son simples. Consisten en fragmentos en los cuales la parte vale por el todo. Una mano, por ejemplo, representa al ser humano total; los genitales representan la fertilidad. Más difícil es encontrar el sentido del círculo, que aparece con gran frecuencia, en formas grandes y pequeñas.

Además de los símbolos simples y directos, en los tiempos primitivos se elaboraron numerosas formas complejas y enteramente abstractas (las etiquetamos con los nombres de tectiformes, claviformes, naviformes). La inventiva del hombre en esta dirección



objeto— recorre todo el arte primitivo. El tema supremo del arte primitivo es el animal sagrado. Pero el arte primitivo —afirma— no es naturalista. No hubo arte naturalista en la prehistoria. El arte naturalista es una concepción que imita la apariencia de las cosas, no como éstas son en realidad, sino como aparecen en un momento dado y desde el punto de vista de un único espectador. Este es el efecto de la perspectiva. Pero no hay la concepción de la perspectiva en el arte de la prehistoria.

Antes que el arte, el hombre creó el símbolo. El símbolo aparece en los albores de la expresión del hombre. En su primera y rudimentaria forma surgió en el periodo musteriense, como huella de

parece haber sido inagotable y con ello los significados posibles se tornan más oscuros.

El hombre premitológico se hallaba completamente integrado en el mundo que le rodeaba. Formaba una sola cosa con él. Su suerte estaba regida por poderes que no era capaz de interpretar. Todos los símbolos primitivos tenían sus raíces en esta era zoomórfica.

La variada imaginación que se manifiesta en el arte primitivo, la invención de configuraciones y escenas sin equivalente en la naturaleza, constituyen un motivo de asombro constante.

A lo largo del periodo aurífaco-perigoriense el hombre sólo supo ex-

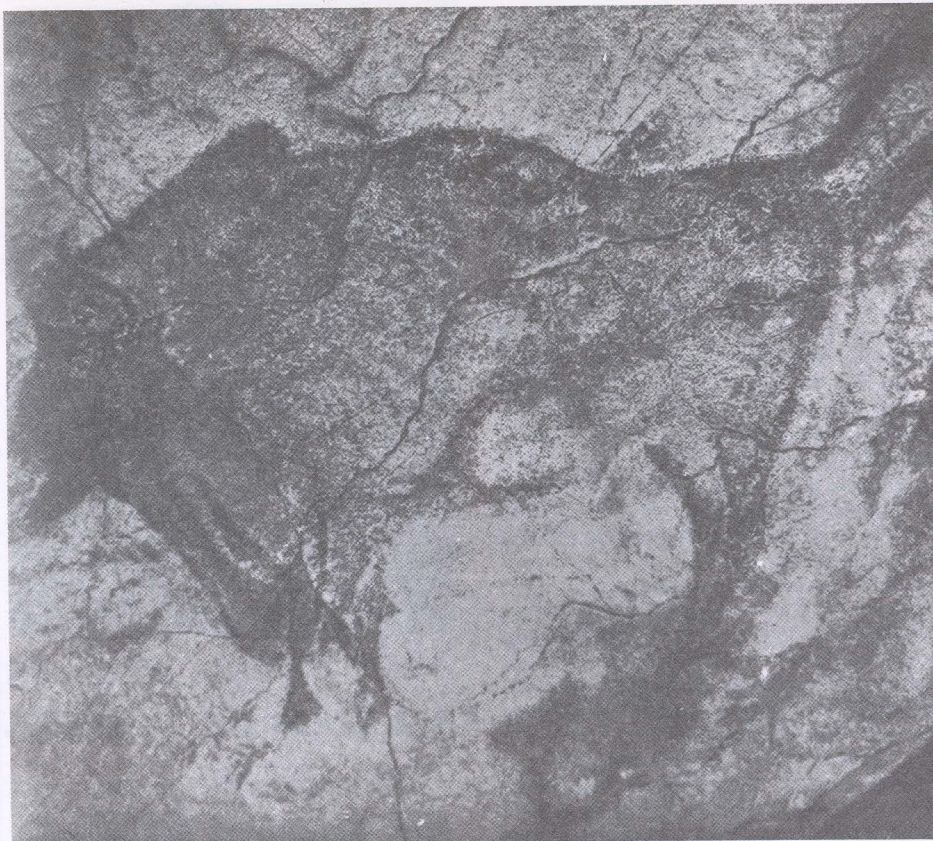


presar los objetos mediante contornos simples. Con ello resulta aún más asombroso que pudiera plasmar imágenes forjadas en su imaginación.

Todo el conocimiento y la experiencia del arte primitivo está cristalizado en la era magdaleniense, y desarrollado hasta un grado de perfección y diversidad casi inconcebible. La duración de este periodo fue de unos quinceveinte mil años y alcanza hasta el noveno milenio a. C. La época magdaleniense marcó la culminación del arte paleolítico. No se conoce otro arte de los llamados pueblos primitivos que se haya acercado siquiera al refinamiento y a la variedad de sus medios de expresión. Si el arte auriniense tuvo un ámbito casi universal, el magdaleniense o francocantábrico estuvo limitado al sudoeste de Francia y norte de España. Las pinturas de Lascaux y de Altamira son los más elevados exponentes de este periodo. La cima de toda la pintura prehistórica, el techo de Altamira, se alza como una hazaña sin precedentes.

En cuanto a la escultura prehistórica, ésta abarca todo el periodo solutrense y una parte del magdaleniense. Los altorrelieves de la prehistoria nacieron de los aprovechamientos de las líneas y contornos del medio natural. La cima de la escultura primitiva no se alcanzó hasta el magdaleniense medio. El conjunto más importante de escultura prehistórica se encuentra en el pequeño valle del Beune, cerca de Les Eyzies (Dordoña); allí hay dos abrigos rupestres, uno de los cuales forma el santuario de la fertilidad de Laussel y el otro, el de Cap Blanc, cobija un friso de caballos esculpidos en fuerte relieve. Ningún otro friso prehistórico lo iguala en dimensiones y en atrevimiento. Los dos bisontes de arcilla moldeada de Le Tuc d'Audubert son posiblemente contemporáneos de los caballos de Cap Blanc.

Finalmente, la figura humana está



singularmente representada en el periodo auriniaco-perigordienso por las **Venus**, pequeñas figurillas o esculturas evocadoras de la madre-tierra, que se diferencian de las esculturas exentas inmóviles. Como posible base tipológica cabe distinguir dos grupos principales de estas figurillas: en el primero de ellos prevalece el perfil (prototipo, la Venus de Savignano), y en el segundo, la vista frontal (prototipo, la Venus de Lespugue). Pero las **Venus** no están hechas para ser vistas desde uno de sus lados,

sino de todos; si a pesar de esto se las clasifica en dos tipos, el de perfil y el frontal, es únicamente para destacar el aspecto más relevante de su tratamiento plástico. Ambos tipos persistieron durante miles de años. Hay, además, un tipo en el que todos los aspectos se conciben plásticamente; el más famoso ejemplar de este último es la llamada Venus de Willendorf. Después del auriniaco-perigordienso dan paso a un tipo magdaleniense de figuras casi descarnadas.

Este es el esquema y el punto de vista del libro de Giedion. "La absoluta libertad e independencia de visión del arte primevo — escribe el autor — es algo que no hemos vuelto a alcanzar desde entonces. Era su carácter distintivo. No había entonces arriba y abajo, en nuestro sentido actual. El que un animal apareciese en posición vertical o en cualquiera otra carecía de importancia para los ojos del hombre prehistórico. Como no había tampoco distinción o separación clara entre un objeto y otro — prueba de ello es el empleo continuó de la superposición —, ni normas de otra escala o proporción de tamaños: los toros colosales de la era magdaleniense podían aparecer junto a los ciervos diminutos de la época auriniense. Como sucede en la bóveda de Lascaux. La yuxtaposición violenta, lo mismo en el tamaño que en el tiempo, era algo aceptado y normal. Todo se desplegaba dentro del presente eterno, de la perpetua fusión del hoy, el ayer y el mañana".

A.H.P.

(1) Número 16 de la colección **Alianza Forma**.

